

Carbia, Rómulo D.

Historia de la historiografía argentina: Los historiógrafos eruditos y críticos

Humanidades [La Plata, 1921]

1922, vol. 4, p. 97-114

Cita sugerida:

Carbia, R. (1922). Historia de la historiografía argentina: Los historiógrafos eruditos y críticos. Humanidades [La Plata, 1921], 4, 97-114. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1765/pr.1765.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-Compartir igual 2.5

HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA

LOS HISTORIÓGRAFOS ERUDITOS Y CRÍTICOS (*)

I. Luis L. Domínguez : su precursor y su escuela. — II. Bartolomé Mitre y la tendencia a la erudición en lo inédito. — III. La historiografía crítica : Groussac y la « nueva escuela ».

Paralelamente al desarrollo de la pomposa *filosofía de la historia*, se fué formando entre nosotros la escuela historiográfica erudita, en cuyo proceso, activo y floreciente aún, pueden advertirse, con toda nitidez, cuatro etapas progresivas. Obscura y simplista en sus comienzos, repudiada por inútil y plebeya en la época del apogeo guizotniano (1), cuyos ruidos ensordecedores no le permitieron alzar mayormente la voz, logró, sin embargo, imponerse poco a poco hasta triunfar por completo en las tendencias historiográficas que hoy predominan en nuestro país. No cuesta fatiga alguna percatarse de que fué el temor al derrumbamiento del castillo de naipes de las construcciones

(*) Capítulo de un libro de próxima aparición.

(1) Vicente Fidel López llegó a escribir estas palabras despectivas para la historiografía erudita : « Todo lo que se dice del valor de los documentos es completamente inexacto ; lo substancial es el valor y el enlace de los hechos. Por eso es que Salustio, Tácito, Tucídides, Macaulay, son grandes historiadores, los más grandes historiadores ; y sin embargo, ni fueron archivistas, ni documentaron los hechos de enlace con que vinculan las series que vivifican su narración. » *Debate histórico*, tomo II, página 223 (edic. de Rojas).

históricas a lo filósofo, lo que movió a López y a los de su credo a amordazar y a cercar con el desprecio a la investigación erudita, como que ella, con su austeridad serena, venía a dar al traste con toda la jerigonza de la escuela. Fué, por eso, una especie de ftofobia intelectual lo que entonces se esgrimíó contra los que más tarde habían de recibir de la sociología — que se me antoja un neoplasma del modo histórico mentado — la befa sórdida y el calificativo minorante de *hechólogos*. Pero, a pesar de todos los arrestos defensivos de sus opositores, la escuela erudita se impuso hasta como una necesidad vital para la existencia lógica de la misma tendencia a la que combatía, en forma tácita, con la revelación de lo que *verdaderamente* fué el pasado. Y esto digo, porque en el criterio de nuestros historiógrafos eruditos cabía la conciliación entre lo que se dió en llamar *la filosofía de la historia* y las tareas heurísticas y hermenéuticas, con la única condición, ineludible, de que las segundas antecederan a la primera, y de que ésta no fuera sino una coronación de aquéllas (1).

I

LUIS L. DOMÍNGUEZ : SU PRECURSOR Y SU ESCUELA

He establecido que son visibles cuatro etapas diferenciadas y progresivas en el desenvolvimiento de nuestra historiografía erudita. Pues bien : la primera la abre en 1852, como precursor fragmentario, Woodbine Parish (*Buenos Aires and the Provinces of the Rio de la Plata*, etc., London, 1852), a quien tradujo y anotó don Justo Maeso (*Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata, desde su descubrimiento y conquista por los españoles*, Buenos Aires, 1852). Parish había editado su obra por primera vez en 1838, pero sin el aditamento de la parte colonial que

(1) Mitre que, como se verá, fué el arquetipo de nuestra primitiva historiografía erudita, en el prólogo (pág. 63) a la edición definitiva de su *Historia de Belgrano* (1887), admite esa conciliación, acepta la interpretación filosófica y el colorido que fluya de los mismos documentos... y se desprendan de su masa concreta.

tiene la segunda edición, de 1852. Aunque no se trata de un argentino, la circunstancia de ser un precursor y de aparecer su nombre unido al del señor Maeso, que aunque tampoco lo era — había nacido en Gibraltar, — se hallaba, sin embargo, íntimamente vinculado al país, me resuelve a recordarlo (1). Según fácilmente se advierte, y él mismo lo declara, Parish acometió la empresa de *completar* a Prescott (*Historia de América*) en la parte relativa al Río de la Plata, utilizando, con cierto criterio selectivo, la bibliografía conocida. En el prólogo de su obra hace una especie de valoración de fuentes y declara que las que aprovecha son : Schmidel, Ruy Díaz, Barco Centenera, Alvar Núñez, Herrera, Techo, Charlevoix, Dobrizhoffer, Lozano, Guevara, Angelis y Funes, a quien califica de glosador. Aunque el trabajo de Parish carece de alta significación, denuncia, sin embargo, un afán erudito y marca, por eso, el primer jalón en el desenvolvimiento de la tendencia. La etapa primera de ella, todo esto empero, corresponde a Luis L. Domínguez (*Historia argentina*, Buenos Aires, 1861-1862) (2) que es quien, verdaderamente, la caracteriza. La labor fundamental de Domínguez es de heurística bibliográfica, pues si bien aprovechó algunos documentos inéditos — especialmente las memorias de los virreyes, — su eje central estuvo en los materiales impresos. Fué entonces cuando, por primera vez entre nosotros, se trató de conocer a fondo lo que había sido la época colonial reflejada en los libros coetáneos a ella, en los que la expusieron sobre base erudita, y en los que editaron papeles relativos a su proceso. Domínguez, para lograr su objeto, aprovechó en sus exposiciones los materiales de Antúnez y Acevedo (3), Veitía Linaje (4), Nava-

(1) Lo que el señor Maeso se propusiera al traducir y mejorar la obra de Parish, lo expuso claramente en una carta al entonces coronel Mitre, en 31 de mayo de 1854, respondiendo a un elogio que el destinatario de la epístola le formulara en *El Nacional* del día 20 del mismo mes. (Véase : *Archivo del general Mitre*, t. XV, pág. 10, Biblioteca de *La Nación*, 1912.)

(2) En 1870 apareció la cuarta edición, en que la obra está muy mejorada. Las ediciones anteriores fueron : 1ª, 1861, 2ª, 1862 (económica), y 3ª 1868.

(3) *Comercio de los españoles con sus colonias*, Madrid, 1797.

(4) *El norte de la contratación*, Sevilla, 1672.

rrete (1), W. Irving (2), Humboldt (3), Trelles (4), Angelis (5) y los de todos los colaboradores de las revistas históricas de la época (6). No lo guió en la tarea otro objetivo que el de reconstruir serenamente y sin prejuicios todo nuestro pasado. Por eso, rebelándose contra el criterio entonces reinante, y que Estrada sintetizara en la sonora declaración de que la historia colonial era *un estudio ingrato y estéril*, Domínguez escribió en la página 96 de su *Historia* (edic. de 1870): « La colonización de países remotos era un hecho nuevo en el mundo moderno. Las leyes de Castilla eran insuficientes para gobernar colonias distantes y pueblos conquistados; el sistema que debía regirlos tenía que ir creándose a medida que el hecho mismo se realizaba. Todo tenía que ser enteramente original, y efectivamente lo es el Código de las Indias. » Y agregó juiciosamente, aludiendo al código citado: « Para juzgar con acierto del sistema, es menester no perder de vista la situación política y social en que se encontraba la Metrópoli cuando fueron dictadas las leyes que lo componen. La Europa sufría en el siglo XVI una transformación radical. »

Lógico resultó, pues, que con este criterio realmente científico, Domínguez lograra coronar con éxito las incursiones a la historia europea en cuyo intento fracasara Vicente Fidel López (7). Aunque en algún momento Domínguez pagó también

(1) *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, 1825-1837.

(2) *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, 1828-1830.

(3) *Histoire de la géographie du Nouveau Continent*, París, 1836-1839 y *Voyages aux régions équinoxiales*, etc., París, 1807-1817.

(4) *Revista del Archivo*, 1869, *Registro estadístico*, *Memoria sobre límites entre la República Argentina y el Paraguay*, 1867.

(5) *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1836.

(6) Especialmente la *Revista de Buenos Aires*.

(7) En otro lugar, hablando de Lucio Vicente López, he establecido que fué él quien, primero que nadie, trató de explicar con el suceso europeo el fenómeno americano, y la circunstancia de haber realizado eso en 1878, casi una década después de los trabajos de Domínguez, parecería invalidar la aseveración. Sin embargo, no es así. López buscó, dentro de su criterio

su tributo a la hispanofobia ambiente, realizó, no obstante, su tarea sin propósito preconcebido, tratando de exponer, sinceramente, lo que a sus ojos había revelado la investigación erudita. Y con ello marcó ya un gran progreso.

El continuador de Domínguez fué Clemente L. Fregeiro (*Compendio de historia argentina*, Buenos Aires, 1876, y *Juan Díaz de Solís y el descubrimiento del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1879). Fregeiro, que aunque uruguayo de nacimiento ha vivido siempre en el ritmo argentino, exhibió en esos dos trabajos su similitud con Domínguez, acrecentada más tarde en 1886, en sus *Lecciones de historia argentina*, y en 1893, en su *Historia documental y crítica*, brillante corrección a la *Historia del Puerto de Buenos Aires*, que escribiera Madero. *El resumen histórico* que Fregeiro publicó en el *Censo* de 1895 (t. I, págs. 603 y siguientes), es inferior a sus trabajos anteriores, y sus *Lecciones de historia argentina* recién mentadas, la mejor prolongación de la tendencia de Domínguez (1). La labor fundamental de Fregeiro en asuntos coloniales es, sin duda, su folleto: *Historia documental y crítica* (2). En este trabajo lo que

historiográfico, la vinculación de las *series históricas* americanas con las similares europeas, prescindencia hecha de su paralelismo sincrónico. Domínguez, en cambio, procuró establecer los nexos de lo de aquí con lo de allá, sin propósito filosófico, y con la única intención de dar concepto de época, y explicar la razón de ser de muchos fenómenos tenidos por teratológicos y exclusivos de la decadencia y del *atraso* español. Así, por ejemplo, mientras López (págs. 150 a 157) se empeña en demostrar que el régimen comercial implantado por España fué el resultado genuino de sus errores económicos, Domínguez (pág. 133, edic. de 1870) establece que el espíritu de ese régimen *es el mismo que transpira la legislación inglesa*, y especialmente la célebre *acta de navegación* dictada en la época de Cromwell en 1651, y en la de Carlos II, en 1660. De la aserción de Domínguez, pues, se desprende que el error no fué de España sino de los tiempos. Por otra parte, Estrada también había incursionado por la historia europea, pero ya se sabe cómo.

(1) Las obras didácticas de Fregeiro, en materia histórica, son dos: *El compendio* (1876) y las *Lecciones*. Ambas han alcanzado hasta la fecha, 1922, diez ediciones.

(2) Se publicó en la *Revista del Museo de la Plata*, año 1893, tomo V, páginas 3 a 92. (Hay tirada aparte.) Los otros trabajos de Fregeiro versan sobre asuntos históricos de la época independiente, a excepción de una

mayormente reveló fué su profundo dominio de la bibliografía histórica americana. Y esa es, precisamente, la característica de la escuela erudita en su primera etapa. Fregeiro, sobre todo en la segunda época de su labor, superó y mejoró en mucho a Domínguez, más que por nada, por el acertado empleo de la crítica aplicada a la utilización del material erudito (1).

II

BARTOLOMÉ MITRE Y LA TENDENCIA A LA ERUDICIÓN EN LO INÉDITO

La segunda etapa de la escuela, que nace cuando la primera aún palpita viva, y que, como he dicho ya, fué progresiva, la llena completamente la obra historiográfica del general don Bartolomé Mitre. Si se cotejan fechas, fácil será caer en cuenta de que Mitre, con su biografía de Belgrano (1858), antecedió a Domínguez y de que, en consecuencia, no puede aparecer pospuesto en la serie. Y esto debe ser aclarado. Conceptúo la obra de Mitre una perfección de la tendencia de Domínguez, y como tal la ubico posteriormente, porque la tomo concretada en la edición definitiva de la *Historia de Belgrano*, que, como se sabe, es de 1887, y la parangono con la labor de su antecesor, cerrada con la última edición de su *Historia*, en 1870. A diferencia de Domínguez, que aparece y desaparece con un mismo e inmutable criterio historiográfico, desde que su perfección de 1870 no pasó del simple acrecentamiento del caudal erudito, Mitre rea-

monografía sobre las invasiones inglesas, publicada en la *Revista de derecho, historia y letras* (1897). En el momento de escribir estas líneas, junio de 1921, el doctor Fregeiro tiene en preparación una *Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata*, que abarcará el período 1492-1640.

(1) Domínguez tuvo en ese particular algunas fallas, explicables en un iniciador. Mitre, en carta a don Juan María Gutiérrez, de fecha 3 de marzo de 1868, advierte que en la utilización de Azara, Domínguez no distinguió las serias diferencias que había entre la edición *príncipe*, y la versión española de los *Voyages*. (Véase : *Correspondencia literaria, histórica y política*, t. II, pág. 170, Buenos Aires, 1912.)

liza en la materia una especie de continua ascensión. Antes que nadie, entre nosotros, comienza a laborar su erudición en silencio, con tesón, benedictinamente, y cuando se lanza a la empresa del libro, no se considera, como tantos, llegado al cúlmen. Por eso es un corrector y un perfeccionador de sí mismo. Y si bien es cierto que sus investigaciones datan de época remota (1), y que en la primera reedición bonificada de su *Belgra-*

(1) El epistolario de Mitre revela que su amor por la erudición fué en él constante e imperioso desde sus mocedades. En 1854 tenía ya la preocupación de reunir documentos inéditos de carácter histórico que anduviesen dispersos, y editar una revista de estudios que sería el órgano de un instituto que se proponía formar. (*Correspondencia literaria*, I, 62 a 65.) Ese mismo año, hacia el mes de octubre, en una carta que le dirigiera desde Chile don Diego Barros Arana, alude a un proyecto que Mitre tenía de escribir la historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, y la aplaude, estando de acuerdo en que es acertado el pensamiento que éste le manifestara de *buscar en los archivos de España* los documentos necesarios para la obra. (*Correspondencia*, I, 67 a 70.) A medida que los años corren, el afán erudito se acentúa. Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, hacia 1860, y desde Europa, le informan sobre libros americanos raros y se los adquieren, e igual cosa hacen don Julio de Zuviría en Montevideo y don Juan María Gutiérrez y don Andrés Lamas en Buenos Aires. (*Correspondencia*, I, 132, 144, 156 a 158, 178 a 180.) A principios de 1863 proyectaba, con Gutiérrez y Lamas, la publicación de documentos inéditos para la historia de América, y a mediados de 1864 había logrado reunir ya numerosas piezas inéditas, hechas copiar en el archivo de Indias (*Correspondencia*, II, 51), y contaba con 28 volúmenes de gramáticas y diccionarios de las lenguas indígenas, conceptuando él y don Martín de Moussy, que era esa pequeña colección *la más completa* que se conocía. (*Correspondencia*, II, 84.) La prueba de la forma en que Mitre utilizaba todo el rico material que había reunido, es su carta a Diego Barros Arana, del 2 de marzo de 1865 (*Correspondencia*, II, 126 a 135), donde diserta, con abundante información y honda crítica, acerca de los viajes de Pinzón y de Solís. Tanto era su amor por lo erudito, que en los mismos momentos en que se armaba anhelosamente el país para marchar contra el tirano paraguayo, Mitre hace un paréntesis a su labor oficial y escribe a Arcos emitiendo un juicio sobre una reciente obra literaria suya. (*Correspondencia*, II, 151 a 153.) La erudición de Mitre se fué formando, como se advierte a través de su epistolario, paulatinamente. Reunía libros para su tarea y para sus *sucesores en el trabajo* (*Correspondencia*, I, 208), y los estudiaba con amor, llegando así a utilizarlos con provecho. Y a ello se debió la solidez y la amplitud de sus conocimientos.

no (1876-1877) (1), ya entremezcla el dato del libro con las conclusiones de la propia pesquisa en la documentación inédita — que es la característica de la segunda etapa de nuestra historiografía erudita, — sin embargo no puede decirse que su *modo* tenga una estabilización definitiva hasta 1887 (2). Su estudio continuado, sus diarias conquistas eruditas, su rico herramentaje bibliográfico y el manejo sesudo de la crítica, no aparecieron en absoluto consorcio sino después de la polémica con López (3),

(1) Debo recordar que aunque la reedición de la *Historia de Belgrano* fué hecha en 1859, un año después de su primera publicación, no hay entre ambas diferencia alguna, al punto de que la reedición conserva hasta la misma paginación del texto *princeps*. El primer mejoramiento, pues, es el de la tercera edición (1876-1877), donde la obra comienza a tomar ya el carácter que había de cristalizar en la cuarta aparición (1887).

(2) En la primera y segunda edición de su *Belgrano*, Mitre no abunda en citas documentales ni en acotaciones eruditas. En la tercera, en cambio, inicia la exhibición de su arsenal bibliográfico y documental, indicando al pie del texto, en forma precisa y clara, las fuentes éditas e inéditas en que bebiera su información. Este *modo* lo conservó luego en toda su labor posterior.

(3) La polémica con López fué un verdadero choque de escuelas. La inició el nombrado historiador en 1881 en su *Introducción a la Historia de la revolución argentina* donde hizo algunas correcciones al *Belgrano* de Mitre. Éste, molesto, resolvió escribir unas *Comprobaciones* que, comenzadas a publicar en la *Nueva Revista de Buenos Aires*, continuaron en *La Nación*, y aparecieron, luego, en un volumen con el título de: *Comprobaciones históricas a propósito de algunos puntos de historia argentina, según nuevos documentos* (1881). López contestó a Mitre, primero en *El Nacional* y después en el libro: *Debate histórico: Refutación a las comprobaciones históricas sobre la historia de Belgrano* (1882). A López volvió a responder Mitre con sus *Nuevas comprobaciones sobre historia argentina* (1882), quedando, al fin, en evidencia, que lo que había en el fondo de todo era un desacuerdo acerca del modo de escribir la historia, exacerbado por cierto recóndito agravio que López tenía con Mitre. Éste, en carta a Barros Arana, en 1875, que se publicara en la *Revista chilena*, y que el Museo Mitre ha incluido en el tomo II, páginas 286 y siguientes de la *Correspondencia* del general (Buenos Aires, 1912), había dicho que López era un escritor a quien había que tomar con mucha cautela, porque escribía la historia sin documentos, *guiándose por ocurrencias e ideas preconcebidas, afirmando dogmáticamente, puede decirse, en cada página, lo contrario de lo que dicen los documentos inéditos...* (*Correspondencia*, t. II, pág. 317.) De esta polémica se ha ocupado, con éxito, Ricardo Rojas, en la *Noticia preliminar* al tomo VIII de su *Biblioteca Argentina* (Buenos Aires, 1916).

cuya consecuencia máxima, a la postre, casi no fué otra que la definición, frente a frente, de dos escuelas historiográficas: la guizotniana y la erudita. Mitre, a la sazón, quedó consagrado el arquetipo de la última. Hasta ese momento su credo historiográfico había estado en el curso de su génesis, y sólo de entonces data su inmutabilidad cabal.

A la inversa de lo que generalmente había ocurrido con nuestros historiógrafos — salvada la posición relativamente buena de Domínguez y la de su continuador de 1879, — Mitre se presenta en la edición definitiva de su *Historia de Belgrano* (1887), con un vasto conocimiento bibliográfico, y, lo que es mejor, con una valoración hecha del herramientaje que utiliza. Sus predecesores habían aceptado habitualmente, como verdaderos dogmas, todo el contenido de los viejos cronistas e incorporado a sus trabajos las informaciones de ellos. Mitre, en cambio, sometió a verificación sus aserciones, llegando al convencimiento de que incurriría siempre *en los más groseros errores* quien tomase *por guía a los cronistas* y no fuera *a investigar la verdad en los documentos originales que se hallan inéditos casi en su totalidad* (1). Tal declaración, como se echará de ver, fué la primera rebeldía crítica contra el absurdo, en boga, de atribuir infalibilidad a cualquier papel impreso. Y sobre ese criterio está edificada la escuela de Mitre. Reunió y estudió los libros que se habían ocupado de historia americana, los sometió a la prueba crítica, los clasificó según lo que ella dejó como precipitado y trató de poner, frente a lo impreso, los resultados de su pesquisa personal en las fuentes inéditas. Claro está que siendo él un iniciador del método, su labor en materia colonial no llegó a la altura que había de alcanzar, andando el tiempo, la de algunos de sus continuadores. El credo historiográfico con que Mitre realizó la labor definitiva (*Historia de Belgrano*, 1887, e *Historia de San Martín*, 1887, 1888, 1890), puede sintetizarse diciendo que era aquel que proclamaba que la correlación, la armonía, el significado, el movimiento y hasta el colorido de los hechos históricos, debía fluir directa y exclusivamente de la construcción erudita, hecha uti-

(1) Carta a Barros Arana, fechada el 2 de marzo de 1865. (*Correspondencia*, II, 134 y 135.)

lizando los documentos inéditos, la bibliografía depurada por la crítica y los elementos testimoniales de la tradición (1). En lo puramente colonial, que es aquello de que me ocupo, Mitre, a pesar de su mucha erudición, no nos dejó una visión global y sólo se redujo a exposiciones fragmentarias. Para terminar lo que a Mitre se refiere, falta decir que sus trabajos primeros y los siguientes hasta su *Historia de San Martín*, parecerían evidenciar que, en su concepto, el fenómeno histórico americano era autóctono. Sin embargo, en el capítulo I de la obra recién recordada (2), dejó entrever, posteriormente, cierta conciliación con los postulados de la historiografía que proclamaba el concepto de Buckle acerca de la universalidad del hecho histórico. Pero no pasó de ahí. Mitre, pues, alejado de la corriente trascendentalista, encaminó su labor historiográfica por la senda lógica que correspondía al estado de nuestra cultura de entonces, llamando a la serenidad y al estudio en un momento en que nuestros polígrafos se perdían en la maraña palabresca de la sociología incipiente, a la que daba pábulo el gusto guizotniano del momento. Su grito de alerta y su programa orientador para el futuro está escrito en sus *Nuevas comprobaciones*. Dijo allí que la tarea que a la sazón se presentaba como imprescindible, era la de reunir los materiales, desarropándose de afanes filosóficos. « No es posible hacer alquimia histórica, escribió : nuestra tarea es la de los jornaleros que sacan la piedra bruta de la cantera, y cuando más, la entregan labrada al arquitecto que ha de construir el edificio futuro... » Con la labor de Mitre, por eso, no pudo quedar cerrado el ciclo de la historiografía erudita que debía llegar, todavía, a lo que es en manos de la *nueva escuela histórica*. Las diferencias que se advierten entre el respetable precursor y los que integran el grupo nombrado, se concretan, precisamente, en el criterio de la valoración de fuentes, en el ejercicio

(1) Mitre, en el prólogo de su *Historia de Belgrano* (1887), así lo establece, dejando constancia, de paso, de que ha utilizado la versión tradicional transmitida por su padre, por su suegro, don Nicolás de Vedia, y por los generales Las Heras y Rondeau.

(2) El párrafo III se ocupa de la *acción inicial de la América sobre Europa*, es decir, de las consecuencias que tuvo el Descubrimiento en los destinos del mundo.

de la crítica y en el concepto serial que comprende todos los postulados de la universalidad del fenómeno histórico. Mitre, un poco embanderado en el culto del héroe, como lo denuncia hasta el título de sus libros, no tuvo idea clara del proceso histórico ni sacó de su aparato erudito todo el provecho que hoy le extraen las disciplinas historiográficas. Por eso le he indicado como precursor en la serie de los nuevos y le he señalado como el bonificador de sus antecesores en la tendencia.

En su oportunidad recordé la polémica Mitre-López. Pues bien: uno de los frutos más indiscutibles que ella dejó, fué la orientación de los estudiosos hacia la investigación en los archivos. Y ese momento constituyó la tercera etapa de la historiografía erudita. Desde el punto de vista colonial importó un progreso sobre la anterior, porque si bien es cierto que la crítica de las fuentes éditas no se advirtió muy señaladamente, sin embargo el conocimiento documentado del período de la dominación española se acrecentó en forma sorprendente.

La obra que concreta y sintetiza esa etapa es la *Historia de Nuestra Señora de Luján: su origen, su santuario, su villa, sus milagros y su culto* (Buenos Aires, 1885, 2 vols.), resultado de una tarea larga, prolija y sin precedentes en nuestro país, realizada en los archivos civiles y eclesiásticos de Buenos Aires, en el del antiguo cabildo de Luján y en el particular de varias familias porteñas (1).

Publicada en forma anónima, por modestia de su autor, se sabe, sin embargo, que él fué el sacerdote de la Congregación de la Misión don Jorge Salvaire (2). Aunque su tendencia es visiblemente pragmática (3), y no tiene más intención que la de la crónica, la obra del padre Salvaire, no obstante, orientada,

(1) *Historia de Nuestra Señora de Luján*, I, CVIII.

(2) Era francés pero radicado desde largos años en el país y vinculado estrechamente a él. Don Pastor S. Obligado en sus *Tradiciones* y con el título de *Un milagro en la pampa*, ha relatado un episodio biográfico de Salvaire que le pinta como realmente argentinizado.

(3) El autor, por otra parte, así lo declara. « Si al decir de los preceptistas — escribe — la historia debe tener por fin principal instruir y adoc-trinar, ¿no puede creerse que habrá para el pueblo tanta y aun más instrucción en la historia sincera y seriamente escrita de un pueblo reducido,

como está dicho, hacia el rumbo que señalara Mitre, supera a todos los trabajos coloniales hasta entonces aparecidos. Ello reside, sobre todo, en la armonía de su conjunto, y en lo orgánico de su contenido. La prolongación del modo de Salvaire, sin el aditamento de su pragmatismo, se halla en las crónicas regionales y particulares, posteriores al año 1885, de que luego he de ocuparme. A la escuela de Salvaire, en lo que éste tuvo de investigador en fuentes inéditas, perteneció don Eduardo Madero (*Historia del puerto de Buenos Aires*, 1892), cuyo conocido libro no pasa de una exhibición atropellada, sin orden ni concierto, de los primeros materiales que hallara en el Archivo de Indias (1). La *Historia del puerto de Buenos Aires*, sus defectos empero, completó con piezas inéditas desconocidas, lo que ya se había pesquisado en los archivos del país, aunque sólo en la parte referente al período 1515-1600. Madero, en realidad, preparó con la demostración práctica de la riqueza de los repositorios documentales europeos, el advenimiento de la cuarta etapa de la historiografía erudita, que abrió Groussac como precursor y por cuya senda marcha la *nueva escuela histórica* (2).

de una villa de Luján, por ejemplo, que en la misma historia de una gran ciudad, de una nación entera? » (T. I, pág. 514.)

(1) Madero, que no concibió ningún plan orgánico, hizo capítulo de lo que sólo daba para una nota marginal y atribuyó importancia sonora a minucias que estaban lejos de tenerla. Por otra parte, en su obra se deslizaron errores de variado calibre, cuya puntualización realizó a su hora don Clemente L. Fregeiro (*La historia documental y crítica*).

(2) Con anterioridad, hacia 1868, Manuel R. García había investigado en los archivos europeos con el propósito de estudiar ciertos aspectos del régimen colonial español. En carta a Mitre (*Correspondencia*, II, 62), datada en Saint-Germain el 14 de octubre de 1864, expuso su proyecto: deseaba estudiar los antecedentes económicos de la época colonial en fuentes inéditas. Así lo hizo, y sus lucubraciones aparecieron en la *Revista del Río de la Plata*, tomos I a IV, 1871-1872. Se trata de un ensayista, precoz por la falta de bagaje, que no tiene mayor significado en nuestra historiografía.

III

LA HISTORIOGRAFÍA CRÍTICA : GROUSSAC

Y LA « NUEVA ESCUELA »

Doy a Groussac carácter de precursor porque, como se verá, su credo historiográfico difiere del que profesa el grupo céntrico de los modernísimos historiógrafos argentinos. Su labor ponderada (1) en la materia, la inicia con su *Liniers*, trabajado hacia fines de 1896 (2) pero que fué editado, en forma definitiva en 1907; y la continuó en los ya desaparecidos *Anales de la Biblioteca*. Groussac se ha caracterizado por su manera propia, al punto de que a ratos el literato ágil, incisivo, mordaz, fino en la ironía y masacrante en el epigrama, anonada y obscurece al historiógrafo, erudito y bien dosado de crítica. La diferencia básica que se advierte entre Groussac y la *nueva escuela* es de forma y de fondo. En cuanto a lo primero, adviértese que son sus excesos irónicos y los devaneos de su hiper-erudición innecesaria, aquello que lo separa de sus continuadores, y, en cierto sentido, discípulos (3); y en cuanto a lo segundo, no se duda de que la discrepancia radica en la cuestión del concepto serial y de la universalidad del fenómeno histórico. Con o sin defectos, sin embargo, Groussac ha hecho una prolija revisión de varios períodos de la historia externa del Río de la Plata y, orgánicamente, de la época que va de la primera a la segunda fun-

(1) Lo anterior pertenece al género de lo no perdurable. La *Memoria* sobre el Tucumán (1882), por ejemplo, elaborada con materiales de segunda mano, y alguno que otro documento original en el período independiente, carece de luminosidad. En cuanto a su *Colón* (1892), Groussac no reveló allí mayor entonación crítica y sí cierta veleidad por la historiografía psicosociológica. Él mismo calificó este trabajo — que dedicara nada menos que a Taine — de *mitad historia, mitad divagación imaginativa*. (Prefacio, pág. XI.)

(2) *La Biblioteca*, tomos III y IV.

(3) En un breve juicio crítico a su *Mendoza* (*Nosotros*, n° 68, 1914), he tenido oportunidad de indicar, *grosso modo*, cuáles son los pecados capitales de Groussac.

dación de Buenos Aires. En esa tarea ha utilizado materiales éditos e inéditos aplicando buenos procedimientos críticos, aunque vengándose, con el silencio, de alguno de sus antecesores a quien no desea hacer partícipe de su inmortalidad. Por la propia robustez de los trabajos, empero, no se podrá en lo futuro realizar estudios serios sobre cuestiones históricas del Río de la Plata, especialmente de la primera centuria colonial, sin tener presente la labor historiográfica de Groussac (1). Respecto de su credo, en materia de técnica de los estudios históricos, hay que dejar constancia de que ha sido expuesto por él en dos ocasiones distintas y en forma contradictoria: primero en el prefacio del *Liniers*, en 1907, y después en el de su *Mendoza y Garay*, en 1916, advirtiéndose que en la segunda de estas oportunidades, se ha concretado a defenderse contra las nuevas disciplinas que dejaban la suyas en situación un poco desplazada. En 1907 la historia era para Groussac ciencia, arte y filosofía, sin que pudiera admitirse diferencia esencial entre estos conceptos, al extremo de que los tres le resultaban compatibles y de lógica coexistencia y sincronismo dinámico, dentro de la orientación de cualquiera técnica historiográfica (2). Se desprende de la profesión de fe de esa época, que Groussac incursionaba en los dominios de la documentación inédita con una finalidad estética: la de *contertuliar* con los hombres del pasado, y penetrar, por el *tête à tête* familiar, en lo recóndito de sus almas. Aquella pintoresca declaración que Taine hiciera en las palabras prologales de su *Ancien régime* (3) acerca de la in-

(1) Aunque Groussac, según se sabe, no es argentino nativo y creo que ni naturalizado, toda su obra intelectual es nuestra: porque aquí la realizó, porque ella versa, preferentemente, sobre asuntos nacionales y hasta porque, casi siempre, ha sido el Estado argentino su Mecenaz. Tal es, pues, la razón de su inclusión entre los historiógrafos argentinos.

(2) *Santiago de Liniers*, prefacio, página XI.

(3) Taine dice: « *Avec de telles ressources — alude a la documentación consultada — on devient presque le contemporain des hommes dont on fait l'histoire, et plus d'une fois, aux Archives, en suivant sur le papier jauni leurs vieilles écritures, j'étais tenté de leur parler tout haut.* » (*Les origines de la France contemporaine: L'Ancien régime*, t. I, Préface, pág. XII, edic. Hachette, 1904.)

timidad que a través de los documentos alcanzara con los actores de los sucesos históricos que eran motivo de su análisis, tentó a Groussac y lo decidió a repetir el experimento. Y no hizo misterio alguno de ello (1). No buscó, sin embargo, llegar por ese camino a la *filosofía de la historia* al modo guizotniano, puesto que, aceptando como modelo a Taine, declaró que las *consideraciones* a lo Montesquieu, eran innecesarias y estaban de más, tal como en el teatro de Shakespeare los coros de la antigua tragedia griega. Para Groussac, la *filosofía* de la historia aceptable no puede ser otra que aquella que resulta de la historia misma, sin necesidad de que nadie la vaya señalando, del propio modo que en los dramas shakesperianos el público se emociona porque penetra la psicología del personaje, sin que reclamo alguno, como acotación marginal, le indique el momento y la forma de la emoción. Lo que más claramente se evidencia en este inicial predicado de su credo historiográfico, es que Groussac no sólo se levantaba contra el gerundianismo de la *filosofía de la historia*, sino contra los excesos de la escuela erudita simplista, puesto que si había error en las generalizaciones de la primera, no menor lo había en las ingenuidades de la segunda. La verdad histórica, en el sentir de Groussac — esto lo ha evidenciado con su obra más que proclamado en su credo, — está y no está en los *documentos inéditos*. Ellos son depositarios de la verdad, es cierto, pero la verdad no se encuentra en su periferia: es algo interior, no visible a simple vista. Para hallarla hay que recorrer el camino de la crítica. Por eso Groussac proclamaba en 1907 la importancia de los *documentos fehacientes y debidamente discutidos* (2), que es lo mismo que aceptar el imperio categórico de la heurística y de la hermenéutica. Cuando años más tarde — ya dije que en 1916 como antes en 1907 había hecho exhibición de su doctrina historiográfica — Groussac quiso defender su producción contra el avance de la *nueva escuela*, olvidó algunos de estos postulados y airadamente se volvió contra los que los aplicaban y exigían. La parte cén-

(1) Compruébese el aserto leyendo el párrafo final de la página XI del *Santiago de Liniers*.

(2) *Santiago de Liniers*, página XIII.

trica de su prefacio a *Mendoza y Garay* no tiene más finalidad visible que la puntualización de su desprecio por *las fórmulas o recetas para escribir historia* (1) que los miembros de la sección respectiva de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires habían concretado en el Congreso americano de ciencias sociales, reunido en Tucumán en julio de 1916 (2). Haciendo tabla rasa con todo el credo anterior, Groussac declara, entonces, que la historia no es ni puede ser considerada una ciencia y que, a lo sumo, aquello único a que puede aspirar es el *carácter científico*, por el conocido camino de la fijación de *algunos hechos concretos* (3). En consecuencia, el *dueño y señor* de la historia es el arte, entendiendo por tal, y *con reserva del fin estético*, la *aplicación adecuada de la inteligencia y habilidad personales a la perfección de cualquier obra* (4). Para Groussac, si bien la historia consiste en la investigación de la verdad y va a ella por el camino de los *restos* o documentos, el dominio que de éstos se puede tener es siempre incompleto y el historiador tiene que suplir los vacíos con la inteligencia, echando mano de un solo instrumento: la expresión, *que a tan pocos concede la avara naturaleza* (5). De esta guisa, Groussac, ya en declinación notoria, proclama su nuevo credo historiográfico, que, como he dicho, es más que un programa para la tarea futura, la defensa de la obra definitivamente realizada. Y dice: « Con admitir plenamente, pues, que la historia tiene, como primera razón de ser, la investigación de la verdad, y, por consiguiente, la necesidad de fundar en sólida base documental sus ulteriores deducciones o inferencias, mantenemos que precisamente esa verdad perseguida y hallada es la que se integra en la expresión, gracias al elemento artístico o subjetivo que aparenta prestarle sólo línea y color, cuando en realidad le infunde vida en potencia y en acto. Muy lejos de adherirnos al decreto de proscripción que algunos metodólo-

(1) *Mendoza y Garay*, página x.

(2) Groussac alude a él (pág. x), diciendo: ... *no sé que cierto congreso « heurístico » ...*

(3) *Mendoza y Garay*, página xix.

(4) *Mendoza y Garay*, página xxiii.

(5) *Mendoza y Garay*, página xxiv.

gos sin autoridad pronuncian contra la historia narrativa o descriptiva, justiciera o docente, vale decir, contra la elocuencia y el estilo — que no sin razón se empeñan en denigrar, — proclamamos indispensable su presencia para la plena eficacia histórica, siempre que la narración procure la exactitud, sea la descripción real y sugerente; equitativo y sin pasión declamatoria el juicio pronunciado sobre hombres y cosas; indirecta, por fin, y sólo derivada de los sucesos de la enseñanza (1). »

Como se echa de ver, hay en estos últimos conceptos de Groussac una mezcla de viejos y nuevos criterios en la forma de concebir la historia, y hasta cierto dejo de tendencia pragmática. La *nueva escuela* que le viene a suceder, y de cuyos métodos se mofa (2), postula una reconstrucción histórica americana, y en particular argentina, a base de pesquisas documentales y bibliográficas realizadas de acuerdo con los más estrictos métodos de Bernheim, seriando los hechos, estableciendo los procesos con el concepto de la universalidad de los fenómenos históricos y haciendo *revivir* el pasado, como quiere Croce, sin que la forma literaria obedezca a la preocupación única de lo estético (3). La circunstancia de pertenecer el autor de este trabajo al grupo de la *nueva escuela*, y la de estar ésta imperante y en auge, le impiden un mayor detenimiento en el asunto. Ello a pesar, cabe la puntualización de que es la tarea de este

(1) *Mendoza y Garay*, página XXIV.

(2) Los trabajos de método y exposición de las formas en que se trabaja, que merecieron la mofa de Groussac, han sido publicados en : *Memoria del Congreso americano de ciencias sociales, reunido en Tucumán*, páginas 321 a 339, Buenos Aires, 1917.

(3) El concepto de la universalidad de lo histórico que, según se sabe, fué concretado por Buckle, es entendido por la *nueva escuela* en un sentido rigurosamente lógico. Para ella el fenómeno americano es una consecuencia del europeo, tanto como éste lo es del fenómeno universal. Para interpretar, pues, un suceso dinamizado, no es posible circunscribir la órbita de la inquisición heurística al país en el que se produce o a una sola región del mundo. Es necesario totalizar la pesquisa a todo el panorama humano sincrónico al hecho en cuya entraña se quiere penetrar. Y todo esto es lo que tratan de hacer los modernos historiógrafos nacionales.

grupo la primera rigurosamente científica que en asuntos históricos se lleva a cabo en el país. Por eso la *nueva escuela*, si bien procede de la tendencia erudita, abre, sin embargo, una nueva serie distinta en la historia de nuestra historiografía. Así, por lo menos, lo entendemos los que formamos parte de ella.

RÓMULO D. CARBIA.